

TRES MIL PALOMAS Y UN LORO jaula de aves inciertas

NOVELISTA y poeta, Andrés Pizarro incursiona por primera vez en el teatro con "Las Tres mil Palomas y un loro", estrenado por el Círculo Imagen en forma paralela a su programación Ilustre. La obra, escrita hace algunos años, intenta ser una evocación de la generación joven de una década atrás, la de Los Beatles y la minifamilia en nuestro país. Lo hace a través de la experiencia de un matrimonio separado cuyos vínculos se acercan y se rechazan en un posible reencuentro de la relación. Contrada en la aventura interior del joven marido, es evidentemente una pieza autobiográfica y confesional.

Tomás es un semiescritor, semiálcohólico y semi machista, cosas más, perdido en la frustración y el desamor, que alarga el trazo de sus composiciones (como poemas, como padre, como creador) en tertulias etílicas con un amigo, en aventuras amorosas y una especie de cinismo teatral. Laura, muchacha burguesa, mujer-meneca, ha tenido un amante pero también, patética, reintegra al joven a su amor posesivo, Gabriela es la amante de turno de Tomás, y un posible nuevo amor para él; de los tres, ella es la única que sabe de verdad lo que quiere, por lo menos en lo afectivo.

"Tres mil Palomas" (un título poco apropiado que sugiere la incoherencia en el decir y en el actuar) se estructura en un solo acto largo - una tarde de sábado lluvioso - por medio de una sucesión de escenas con las visitas y los entindidos respectivos en el protagonista, de los personajes que lo rodean, para terminar en una sendeografía, con dos "lolas" y el amigo. Al final, en la pieza vacía se oye un timbrado; lo que Tomás no pudo decidir a lo largo de la obra ¿lo podría haber resuelto el destino?

La organización dramática tiene demasiados defectos. Aporta la visión de un sector de la juventud de los años 60, en un enfoque personal y descañonado: es una recogida de la ola itacunda a la chilena y con retrato. Las primeras visitas sucesivas de Laura, el amigo y Gabriela, sucesivamente se desarrollan fundamentalmente por medio de la retrospectiva de los personajes, que recuerdan hechos vividos con anterioridad, para construir antecedentes. Esto, entre, por lo demás, dicen lo que son pero no se ve en el escenario que sean lo que dicen que son, salvo los esquemas más generales, y, por cierto, funciona - sobre todo en base al conflicto afectivo. Las dos mujeres parecen vivir únicamente en torno al amor por Tomás. Casi

no hay vivencias sociales, políticas, culturales, en los personajes; apenas escasas referencias. Así los personajes cojean en forma notoria, aun de que la más literaria del autor se refleja en un diálogo que tiene buenos momentos, pero que en largos tramos está destinado a paralizarse con propósitos de un diario de vida o de un prototipo de novela. Por ello, con esta obra evocativa Andrés Pizarro no debate como un dramaturgo profesional (la técnica dramática es elemental) y quizás sea autor de pieza única, porque la fórmula de ésta es vivencial.

Con todo, la obra fluye con cierta libertad una vez que los personajes han recibido su carga dramática. Del enfrentamiento del triángulo hacia adelante, logra prender interés aunque sin demasiada fuerza - ya que el conflicto se diluye en la indecisión constante. Pero vale la pena destacar que la experiencia es honesta y transmite un hábito de sinceridad.

Puesta en escenario circular, la obra se presta para una interpretación naturalista, íntima y quizás con recursos innovadores. A lo mejor habría sido interesante el uso del tiempo real pero no hay interrupción en la cadena de visitas. Débilmente se inicia en la dirección de Gustavo Meza el enfoque apropiado: por el contrario, predomina la ambigüedad y falta de

visión para poder y enriquecer un texto con fallas.

Como Tomás, General Babel dibuja su personaje dentro de las posibilidades del libreto, pero despendiendo las transiciones: se le nota inseguro y con fallas de dirección que son problema del actor y no producto de un encaramiento naturalista del rol. Clara Guzmán, un tanto limitada de recursos, se parece sin embargo a lo que debe ser Laura, mientras que Silvestre Baytelman, como Gabriela, logra en parte desprenderse del hecho machista con que Pizarro retrata a sus mujeres. Juan Cuevas es Manuel, el amigo, y parte con poco convencimiento en su rol que es sólo de apoyo, para entregar en la escena final un borracho notable. Pepa Duque y Dafna Rosenblum encarnan el par de "lolas" con frescura austera.

En resumen, es una obra débil aunque sintética, que no aporta a la vacillante dramaturgia nacional más que una evocación particular y autobiográfica, y con un montaje que pudo darle muchos mayor interés. El atractivo se centra en el par de escenas culminantes, pero no queda nada de ellas hacia donde quisiéramos ir ni la pieza ni el esfuerzo.

P.L.

Pag 16 243 Revista Dominical 63

PL C40 N15-4D. 5190.

Domingo 4 de Septiembre de 1977

304423

Tres mil palomas y el loro [artículo] P.L.

Libros y documentos

AUTORÍA

P.L.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tres mil palomas y el loro [artículo] P.L.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

